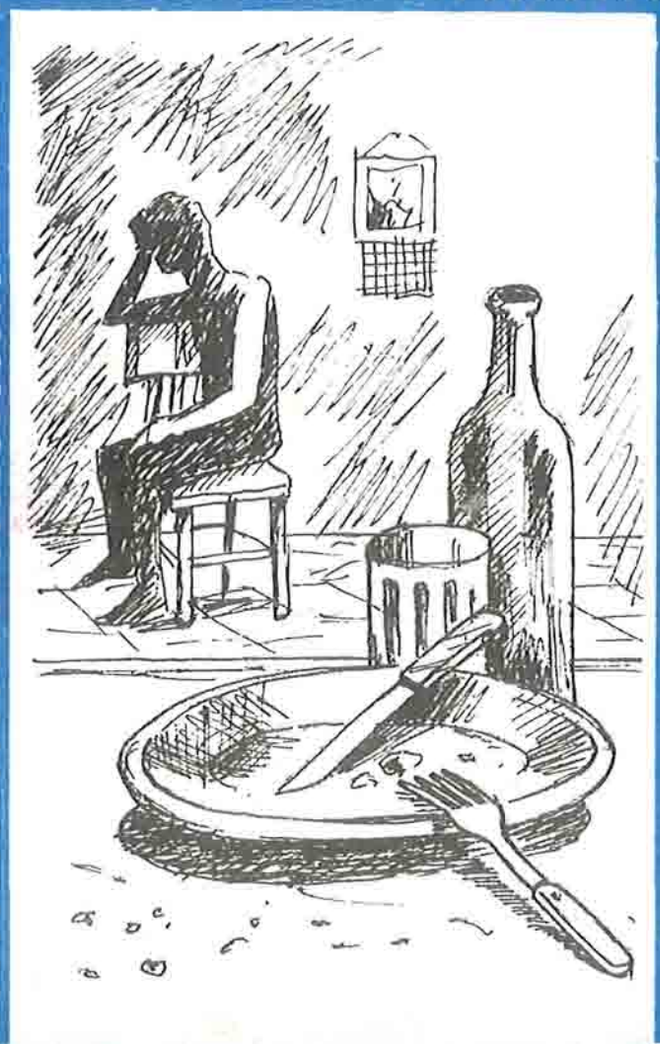
RICARDO DE LA VEGA

SIN OPCIONES DESPUÉS DE LA CENA



EDICIONES TALLER

INDICE

SIN OPCIONES DESPUES DE LA CENA

I 9
II 10
III 11
Quisiera 12
Un poeta 13
A un poeta muerto 15
Novedades en casa 16
Aún no 18
Como pájaro 19
Los abuelos 20
Canción para los abuelos 22

Cartas:
I 27
II 29
Un chanta 31
Un traidor piensa 33
Contradicciones 35
A un poeta contestatario 37
Otro tango del viudo 38
De nuevo a la tarde 40
A Diego, mi hijo pequeño 41
Una canción 42
Canción de amor de un oficinista 43
Ciudad sin mi niño 45
¿Para qué 47
Mirando a Buenos Aires desde un espejo 49

ULISES, EL OTRO

Palabras después de la muerte 53
Ulises contempla a Penélope dormida 55
A Ulises desde lejos 57

MIRANDOME EN LAS SOMBRAS

I 61
I (segunda versión) 63
II 65
III (Los chicos) 66

RICARDO DE LA VEGA

SIN OPCIONES DESPUÉS DE LA CENA

Asunción–Paraguay

SIN OPCIONES DESPUÉS DE LA CENA

I

No fui capaz de ver el mar.
No fui capaz de ver la aurora brillando en tus ojos.
No fui capaz de la palabra, del gesto audaz, definitivo.
No fui capaz de partir.

Con mi manías
y mis vicios pequeños
(esas copas demás de los viernes por la noche),
con mi escaso dinero a fin de mes
y mi escasa virtud
estoy
bebiéndome sin sed la vida.

II

Al caminar por la vereda y detenerme
a comprar cigarrillos o un periódico,
veo un ademán distinto, una actitud
dentro de mí, y ajena,
que ha cambiado.
Algo así como una forma de enfrentar
o de aceptar las situaciones tal cual son.
Algunos llaman a esto madurez; otros,
cobardía. Yo, sin saber qué nombre darle,
contemplo, con asombro,
a estas manos y sus rumbos casi independientes
al hurgar en el bolsillo
o al entregar unas monedas.
Mas,
para qué empeñarme
en dibujar correctos movimientos en el aire
si éstos, tal vez sean
el último eslabón
de una cadena
que comienza más allá
de mí.
(Lo inasible
toma a veces la forma del amor)
Ahora cruzo la calle. El viento
dejándose caer entre las hojas, marcha.

III

No has de salvarte.
Apuesta
sí, a lo que más quieras.
Enamórate,
emborráchate en besos.
Atrévete a amanecer desgarrado y feliz.
Pero, ¿cuántas veces podrías?
Una, dos veces en la semana
(algunas más...)
pero no tantas.
No puedes pasar en vela todas las noches.
Tienes que descansar,
comer,
tienes que soñar también.
Además es igual:
a la mañana siguiente en el trabajo
— porque, hay que trabajar, ¿verdad? —
sentirás que algo va cambiando
(una arruga más
o un pelo menos).
¿Buscar consuelo en que tu amor también va
hilando arrugas?
Y así sigues,
preso, como yo, de la esperanza
y de esa rabia que muerde nuestros huesos sin que
nos demos cuenta.

Quisiera que este poema fuese un arma
disparando al cielo
— sería bello herir alguna estrella
y verla caer, enamorada,
hacia la tierra —;
quisiera que torciese algún destino,
como las balas o un cuchillo.

Pero las palabras no bastan.
No bastan
aunque traigan un eco a mi silencio.
No bastan
para darle a mi vida esos momentos.

¿Algún azar, tal vez, o algún destino
están cerrando puertas a mis sueños?

No sé.
Pero el poema,
libre ya de mis manos,
como una ciega estrella,
permanece.

UN POETA

Son pájaros sin alas, sin miradas
los días que escapan de las calles
y mueren en alguna ventana
o bajo mis sábanas
o cuando lentamente
lentamente se apaga una luz, allá en un cuarto.
Y los dos solos, desde siempre.
Tú que me miras en un roto espejo
yo, que veo cómo pierdes el pelo,
cómo traza el tiempo
en tu cara lo que llevarás hasta la muerte.
Tú y yo los mismos pasos, la misma sombra,
tras el mismo amor,
equivocándonos.

A veces, cuando uno de los dos
abre la puerta de la habitación y corre las cortinas,
yo, empiezo a odiarte sueño mío.
Digo: bien está que empiece a odiarlo,
y maldigo tus ojos,
tus zapatos, tu traje gastado
y esas
tus manos.
Bien está que te odie
sombra que prolongas mis pasos.

Ahora caminas,
vas y vienes. No adivinas nada
no, no escuchas nada.
Sin embargo el poema
como un niño, juega con la página en blanco
libre de las palabras
y del tiempo.

Y tú que permaneces
tercamente despierto, escucha: las palabras
están más allá de tu corazón, el poema, como te dije,
es un niño que no te pertenece.

La noche tiene sombras
que escapan sin nombrarte.

A UN POETA MUERTO

No eras un gran poeta
y lo sabías. No obstante
permanecías noches enteras
entre la vanidad,
el olvido — tus tenaces fantasmas —
y la tierra.
Vos y tu tierra.
"El olvido y mi tierra permanecerán, siempre",
me decías
buscando con las manos el ademán convincente.

Viejo amigo: fuiste
un gran tipo. Un hombre bueno.
Y no merecías esta corrupta tierra;
puedo decirte ahora,
libre — no es más que una manera de hablar —
libre de tu mirada.

Yo estoy aquí, polvo, tierra al fin
frente a la noche, preguntándome cosas.

NOVEDADES EN CASA

Pérfida luz
o
tenue sombra.
— ¿O escribirlo al revés
buscando más efecto? —

Apostar mi vigilia a estos versos (porque
no es la primera vez
que paso horas con mi escaso talento
luchando). Contemplar estas palabras
como a aquellos amigos,
que bien lo sé, me mienten.

Pérfida luz
o
tenue sombra
buscándote en los ojos
— ¿Buscándome en mis ojos? —
No.
No estoy para versos ingeniosos.

La noche, en todos los rincones del cuarto,
se acomoda a sus anchas
y caminar entre sus piernas no es la alternativa.

¿Buscando qué en tus ojos?

Pasan dos días
y abro la carpeta: esos
espejos quietos
están devolviendo mi cara.
(La metáfora no es mía ni es, claro, ingeniosa).
Pero están, tercos, esperando.
Cerrar la carpeta
es una posibilidad que ya no tengo,
como tampoco la de admitir, a esta edad,
totalmente mis mentiras.

Me queda esperar, como a ellos,
a que todo termine, o amanezca.

Aún no es tiempo de marcharme
y poder, así, volver los ojos
y con un poco de paz en el alma
recordarte.

El deseo aprisiona mis manos.
Y una brisa,
una frívola brisa, tal vez,
alce tu falda.

Aún no es tiempo de impedir
el atrevido paso de la noche.

Como pájaro que escapa de la noche
me ocultaré
tras las hojas.

¿Podrán así
mis madrugadas
robarle soles al espejo?

LOS ABUELOS

Los veo jóvenes y enamorados
yendo de la patria
y de la guerra. Los hijos de la mano
y por el cielo, nubes. La tarde
sobre los caminos y en el frío.
Ellos no quieren mirar atrás.
Quedan una granja, un padre,
amigos muertos,
algunas noches de amor
y también lágrimas.

(Uno de los chicos
toca el mar
y ríe)
Suben las escaleras,
se sientan. El barco gris
avanza.

Sin saber, quizás, que el miedo y la esperanza
turban su corazón con desenfreno,
él, piensa que esa tierra que desconoce,
y que lo aguarda tercamente,

tal vez lo vea morir.
Sofía (porque ese es el nombre que adivino)
intuye que no podrá huir del amor absoluto
de esa tierra que deja.

Intentando un beso
que no lleve la noche, esperan.

CANCIÓN PARA LOS ABUELOS

No conozco sus caras.
Ni la caricia de sus manos.
No sé sus nombres; tendré que inventarlos.
Tendré también que inventar una historia,
un día
una mirada
o simplemente unas voces
que no me llegan desde la ventana.
Abuelos:
nadie me dijo cómo eran ustedes
cuando se reían;
cuando pensaban en la lejana
luna de la patria — luna casi una lágrima —
o cuando abuela sin querer
dejaba que los chicos tejieran en su pelo.
Yo hubiera querido,
abuelos, caminar junto a ustedes,
traerles el pan o el diario los domingos,
traerles un poco de lluvia
o mi silencio.
Pero, abuelos de mi elemental noción de la distancia,
no valé nada pensarlos ahora.

¿A qué buscar en la casa
sus voces o pisadas,
cuando el tiempo
sabe que no podré ya imaginar
ni un sol, ni un día nuevo o una mirada?

CARTAS

I

Para A.L.

La juventud es ante todo una trampa
en la que vos también caiste. (Yo estoy en ella
y no amo a nadie).
Ahora bien,
tu caso fue diferente al mío.
Tocó el amor tus manos
y en sus ojos puso luz; deslumbrado te ibas
acariciando su cintura.
(Mas, no voy a hablar de aquellas tus miradas
ni cantaré a las piernas de tu amada.
—Cualquiera
puede enamorarse
y nuestro no es el mérito si alguien nos ama —
Además
has engordado
con lo que el verso perdería encanto).

Hoy, con tus arrugas
y esa difícil respiración al cruzar una calle,
¿quién podría imaginar a ese
hermoso hombre enamorado?

El tiempo
abrió tus entrañas
al aroma que ayer desconocías
y hoy ya temes: la muerte, ese jazmín azul,
temblando está en tus venas.

Ahora, lo que una mujer puede brindarte,
acaso por tu buen dinero, no satisface — estoy seguro —
tu espíritu romántico.
¿Vivir esperando?
Quizás.
Pero no basta.

II

A.L. sueña que responde

Tu metáfora del tiempo
no deja de ser agradable, además de cierta.
Estoy viejo,
y esta tos detiene a veces mis pasos
y mi sueño.
Ahora bien, si la inmadurez,
los pocos años o el rencor
no dictaron esas palabras,
te pediría que no fueras ingenuo: a esta situación
también vas a enfrentarla
y estarás, créeme,
como yo ahora, solo.
Pero esto es otra cosa.
Voy a hablarte de mí.
Sí.
Amé. Como se dice
entregué mi corazón y mi esperanza
No,
no te rías.
Fui feliz;
porque de esto se trata.
Gocé de la inestable felicidad que da el amor.
Gocé de los momentos;

porque todo se reduce a momentos.
Gocé en la espera, en ese minuto azul
que da un abrazo,
en sus pisadas
y en el viento.

Hoy sólo tengo recuerdos,
o lo que quiero recordar.
Hoy, mi buen dinero
— y en esto igualmente tienes razón —
mi buen dinero
consigue a veces
un rico aroma, un cálido aliento.
Y espero.
Eso ya basta.

UN CHANTA

Cuando cierran los pubs y los casinos
y las boites sean hospitales o museos
¿qué he de hacer para pasarla bien?
¿Y si a los automóviles de los chantas se les prohibe
el estacionamiento?
¿Tendré que girar
girando hasta desaparecer?
¿Qué pasará cuando las escaleras
que me llevan al trabajo,
al bar
o al reservado, no tengan final?

Preguntarme estas cosas es un chiste,
una broma.

Ahora todo está definido: mi hogar,
los amigos,
la marca de mis camisas, mis amantes;
ahora me vendo de a poco
sin importar casi si me señalan,
ahora el mundo me importa cada vez menos;
ahora
encenderé un cigarrillo y estiraré las piernas:

ceniceros de plata
y luces perfectas, sí,
pero a veces me canso,
y a nadie engaño con mi triste mirada
o cuando digo que me aburren
las historias de sumas,
restas, cuernos o divisiones.

¿Acaso pueda ser ineficaz
y negarme a cumplir alguna orden superior?
No, ahora ya no.
Además, ¿para qué?

UN TRAIDOR PIENSA

Puede que abras
o cierres alguna puerta.
Puede que tus pasos
dibujen prontamente huellas
en la noche.
Se hace tarde, te dices.
Desde una ventana te saluda tu hijo
él no puede imaginar nada.
En un zaguán se duerme un perro
y en los focos, mariposas ciegas, giran.
No, no hace frío.
Un cigarrillo juega en tu boca.
Casi te veo:
                acaso silbes.
Acaso rias al pensar que tu mujer
está celosa. "Estas no son horas
para ver a un amigo", te dijo al salir.
Acaso pienses que la noche
es sólo una excusa que me dicta el miedo.
Acaso tengas miedo...

Hay en el cielo una quietud extraña,
un silencio extraño.

Das vuelta una esquina,
cruzas la calle.
Ya no sabes la hora.
Ya no sabes qué pasará mañana.
No sabes que el silencio es una trampa,
que la libertad es una eterna trampa,
que los puñetazos pueden más que la palabra,
pueden más que el amor
pueden más que mis sueños.
Hermano, no sabes,
que tus pasos
miden el tiempo de los que te esperan,
de los que sabiamente tejen
mi piel golpe a golpe.
No sabes que han rodeado la cuadra,
no sabes
que a pesar de las cosas que compartimos juntos,
que a pesar de todo
que a pesar de todo
yo
te delato.

CONTRADICCIONES

Una noche en Mandu'arâ

Nosotros,
hermanos del miedo y la esperanza,
que precisamos de una noche para rebelarnos,
hallamos que estos soberbios recitales son
nuestros aliados perfectos:
en ellos la música
le otorga alas a nuestro ansioso corazón,
y le confiere, al fin, coraje.

"Restallan mil banderas,
el grito se hace fuego,
y surcos se levantan
sin cercos y sin dueños..."

Pero la música termina
y las luces se encienden:
nos acomodamos
un poco la ropa — la euforia a veces
desprende la camisa — y salimos
de nuevo a la calle.
Allí,

súbitamente,
comenzamos a pensar que una canción
o un poema contestario
tal vez no cambien nada.

¿Será por eso que hoy pedimos que se cante?

A UN POETA CONTESTATARIO

Tú estás ahí
enarbolando al viento
el pecho abierto y la mirada rebelde.
Casi de piedra y lágrimas.
Yo aquí
con mis corbatas viejas,
mis libros,
mi horario cotidiano,
mis cuentas...
Tú por las calles
por la aurora,
libre del televisor y la heladera.
Yo aquí
sin la certeza — ésa que tú posees —
de un mundo mejor.
Yo aquí
dudando — y en esto, oh terco hermano, no me igualas —,
preguntándome, ¿para qué sirven los poemas?

Yo desde aquí
te veo — nos vemos —
en soledad muriendo.

OTRO TANGO DEL VIUDO

He bajado las escaleras de tu casa.
He destapado todos los tachos de basura,
caminé
y no doblé esquinas:
no estabas.
Viajé en un colectivo
hasta el último barrio de la ciudad:
era la luz de las esquinas
dueña de todas las sombras,
cuando la noche subía desde los espejos.
Fui hasta un almacén
y entre paquetes de fideos
grité tu nombre:
caían arvejas desde el techo
y tú no estabas.
No estabas.
En un banco de plaza
supe por qué las luces de neón se asemejan
al silencio.
Supe por qué
quietas
las piedras
juegan con el viento.
Supe también, Dálida,

que escapará tu voz
de alguna puerta
y viajará, quizás, hacia algún río.
Se hundirá de repente y emergerá despacio.
No tendrá qué decir
y emergerá despacio,
hacia un puerto triste o azul
y que has perdido.

DE NUEVO A LA TARDE

Mis días atraviesan la ventana,
dan vueltas en las esquinas,
esperan brisas nuevas,
corren tras los colectivos
y, a veces,
a veces los alcanzan
y religiosamente pagan
el boleto hacia ese sitio.
Hacia ese territorio donde nunca quisieron haber ido:
donde tu voz no me acaricia el alma.
Donde no llegan el viento
ni el olvido.

A DIEGO, MI HIJO PEQUEÑO

Tenerte en mis brazos,
saber que estás latiendo,
me dejan intuir
la inexplicable sensación de los antiguos dioses
al ver que sus milagros crecían en la tierra.

(Tú estás
ahí
mirando demasiado).

Intuyo también
que algo más que el amor nos aprieta,
nos confunde,
nos prolonga en el viento.
Algo que no terminamos de entender
y que yo, por ser el padre,
(y por sentirlo así)
voy a llamar
asombro.

UNA CANCIÓN

No mereces
ni la leve caída de una hoja en invierno.
No mereces que apaguen
ni enciendan las luces
los ángeles que rondan en mi cuarto.
No mereces que imagine la calle
que no caminamos juntos,
ni tu risa por teléfono,
ni tu aliento.
¿A qué adivinar en la tarde
algo que se te parezca?

No mereces mi sola sombra en las paredes.

Aún no he bajado las escaleras que me alejarán de ti.
Aún los pájaros repiten tu nombre.
Sin embargo,
no mereces todo cuanto he dicho:
tampoco, acaso,
lo que callo.

CANCIÓN DE AMOR DE UN OFICINISTA

Fue para morirse de risa:
pensé que volverías
y comencé a ordenar todo lave los platos,
los cubiertos. Brillaban los cubiertos.
A media mañana limpié el patio.
Hice la cama.
De la pieza llevé el televisor al living. Nada
tiene de romántico el televisor.
Tu rincón, el que está junto al teléfono,
me llevó más tiempo.
Casi mandé el traje a la tintorería.
Y esperé,
bañado, bien puesto.
Era feliz.

Es para morirse de risa haber esperado así.
No trabajé esos días.
Sentía que el tiempo
pasaba como un 27 viejo y lleno de gente.
Esperé como un boludo.
Sin cuestionarme el apostar a un sueño (porque soñé
que volvías)

me dormí.
Pasaron dos días y volví a la oficina.

Hoy estoy bien;
soporto mejor al escritorio y a la tele.
Sólo a veces
salgo a caminar de noche y fumo de más.

CIUDAD SIN MI NIÑO

a mi sobrino Mario

Ahora cruzo las calles sin mayor cuidado,
no me detengo a ver en las baldosas, charcos.
Ya no tengo porqué inventar historias:
ese violín y ese perro
aquel libro y este invierno
perdieron ya su voz
están tirados, quietos.
Es inútil armar
el barco de papel
que ayer rompiste. Tarde supe
de qué te sirve el viento.
Ya no se esconde tu risa en el ropero.
He perdido esa mano que dibujaba en mi cuarto.
¿Dónde estará ese color?
¿Dónde ese tiempo?
¿Quién guardará secretos en mi escritorio?
¿Quién abrirá las cortinas
para mostrarme un pájaro?
Pequeño mío:
de qué me sirve ahora prometerte
no hablar cuando me cuentes
que a la noche te buscan los muñecos?

Porque ha quedado un hueco
en lugar de una lágrima.
Porque ni el polvo esconde
tu leve pisada.
Porque no tengo sueños.
Porque ya casi
he muerto.

¿Para qué el sol
un lucero
o los espejos?
¿Para qué despertar a la mañana
y afeitarse?
¿Para qué frenar en las esquinas,
saludar al gerente,
conquistar secretarias
o atender a la gente?
¿De qué me sirve el automóvil
equivocando las calles
para no ir a tu casa?
¿De qué me sirve haber olvidado
el número de tu teléfono,
el color de tu mejor vestido,
aquella horrible canción
y casi hasta tu pelo?
¿De qué me sirve la lluvia
y su extraño silencio, ahora,
cuando los semáforos creen en sus colores rojos
y es de noche y corre la gente hacia los colectivos
y a mí no me importa? Ahora,
cuando en algún lugar de mi automóvil
tu aroma,
tu irrepetible aroma,
trepa hacia el pequeño espacio que ocupabas
y se duerme.
Ahora

voy hacia mi casa.
Tendré que hojear el diario
o ver la tele.
Tendré que dormir
y afuera
habrá una nube que olvidó hacerse lluvia
y se disuelve.

MIRANDO A BUENOS AIRES DESDE UN ESPEJO

Una mujer camina apurada
huyendo así del blanco espacio
que cuelga en la pared; quedan ventanas,
cortinas y una luz que se enciende.
Un colectivo pasa
llevando letras, desde aquí difusas,
ruido, demasiado ruido para esta hora,
y también, según creo, porteños.
Ahora Buenos Aires soy yo,
solo, a medio afeitar,
con buenos dientes recién lavados
y algo parecido al desconcierto
en los ojos.
Sin la paz
o la certeza que suele dejarme el viento,
elijo las palabras y el gesto
que me ayuden
a enfrentarme a mí mismo.

Alguien lanza su voz desde la calle.

Lavarme la cara en las mañanas
siempre me dejó la sensación de un contacto con lo divino,
de una purificación. Algo así
como ser limpio, hoy,
y para siempre.
O eso pensaba.
Ahora, esto mismo, me lleva hacia atrás,
hacia esta angustia primera de estar alerta,
presto ante el mundo.

Temo abrir las cortinas mientras duermes.
Mejor marcharme
ya.

ULISES, EL OTRO

I

PALABRAS DESPUÉS DE LA MUERTE

¿De qué me sirvió haber matado a esos
bellos y poderosos pretendientes?
¿De qué me sirvió haber cegado los ojos
de aquellos cobardes
o de ese soberbio?
Mis armas
iban hacia la muerte
rápidas como el grito,
como las súplicas o el gesto.
Enardecido como el viento del Ponto
dejé en la amplia sala
rotas espadas, sangre en las cortinas,
cadáver sobre cadáver.
Poderoso, destruí a mis enemigos
como a las frágiles barcas la ira de las olas.
Yo, Ulises, rey de Itaca.

Mas, me siento viejo
y tengo miedo.
Yo que desafié a la muerte,
que vuelvo del infierno,
temo subir las escaleras y ver
la habitación y aquella cama.

Temo que no puedas responder.
¿Recordarás la cicatriz en mi hombro izquierdo?
¿Sabrás de la palabra
que guardamos juntos
al partir yo hacia la ciudad que fue una llama
tapada ahora por el polvo?
¿Recordarás mi voz?

Bien sé que todo es diferente,
distinto el color de las paredes,
del jardín.
No reconozco a las sombras en el bosque.
¿Cómo será tu boca?
Cualquiera pensará que soy feliz.
Y ha de soñarme un ciego
como un león bañado en sangre luego de devorar a su presa.
Como un satisfecho león que atemoriza hasta a los mismos dioses.
Pero, los que ese ciego va a ignorar por siempre
y que me adueña así de sus cavilaciones
y desvelos, de su torpe invocación a las musas,
es esta afligida sensación de desconsuelo
que muerde mi corazón y seca mis lágrimas.
Tampoco sabrá de las voces
que, cruzando el mar, tal Argifontes, atormentaban mis oídos:
¿cuál era el nombre que pronunciabas
antes de dormir, Oh eterna Penélope, temblando?
¿De quién el aroma,
la caricia, suave paloma, que te despertaba?

Pero ahora mandaré que laven mis manos
y mi cuerpo. Ahora que el mar,
mi antiguo enemigo, trae tu nombre,
amada, y sueñas.

II

ULISES CONTEMPLA A PENÉLOPE DORMIDA

Que nadie con sus pasos
se atreva a interrumpir tu sueño.
Debo saber qué rostro ofreces a la noche. La luna
toca tu pelo, viaja hacia un rincón del cuarto
y, de regreso,
besa mis manos y tus mantas.
Bella como la última noche,
como la primera
giras levemente y suspiras.
No, no despiertes aún.
Quiero seguir viéndote,
quiero seguir viéndome.
Me hizo amo el destino de tretas y artimañas,
del valor y el fuego, ¿podrá
también darme las llaves
de los inciertos días de tu amor?

El olvido, ese cuchillo, esa herramienta cruel
del tiempo, ¿habrá herido
tu corazón, desgarrando así mis sueños?

¿Sabré si soy aquél,
si soy el mismo cuando estén

las rojasblancas manos del alba
sobre el cielo?
Oh Zeus de la terrible mirada
¡ayúdame! Dudar así
me llevará a la muerte,
aunque de madrugada,
cubriéndola de besos, la despierte.

III

A ULISES DESDE LEJOS

Desde este silencio
y estas calles. Desde esta noche
parecida a alguna de las tuyas.
Desde aquí, sin dioses
ni Itacas, solo ante el tiempo,
ante la nada, yo,
que sé del engaño de la mujer amada,
que sé de las sombras en mi habitación
y en los espejos, que sé del miedo,
yo, un temeroso,
un obediente oficinista,
un buen vecino. Un perfecto cualquiera,
un oscuro poeta de provincia,
me atrevo a invitarte,
compañero del fuego, a que bebas
conmigo la copa silenciosa de la muerte.
Tú, en tu fatal destino,
estás tan solo y triste como yo;
desde tu infierno
acepta mis palabras, mis manos extendidas,
acepta mi angustia: que sea la prisión
donde se enciendan tus ansias.

Lejano dueño del viento y el coraje,
en estas calles ya no hay distancias:
nuestra espera es la misma.

MIRANDOME EN LAS SOMBRAS

"Uno sigue haciendo los gestos
que ordena la existencia..."
A. Camus

I

Sales.
Tus pasos desafían la calle y la mañana.
Yo te veo partir, sin que lo sepas,
yo aquí, joven aún,
abriendo la ventana:
¿Un nuevo día?
Tomas el ómnibus,
con ese gesto tuyo pagarás el pasaje.
Así te conocí
y aun así te quiero.

Recorrías mi cuerpo:
desde mis piernas a mi boca,
desde mi boca hasta hundir
tu avidez en la fiebre de mi vientre.

Pero nos fuimos yendo,
nos fuimos, sí,
porque todo fue ayer.
Aquí, en la almohada, palpo
los años con que fuimos
trazando lentos huecos,
lentas arrugas en la frente.

¿En dónde aquella sed?

La mesa está en el lugar de siempre.
La rutina tal vez sirva de excusa
para creer que somos un sorbo más en la copa de Dios.
Que todo, al fin, está en su sitio.
Pero, ¿quién me explica esta tristeza
de sabernos pasajeros con rumbos acaso ya distintos,
y añorando aquella estación en la que, juntos, un día
destellamos?

I

(segunda versión)

Sales.
Tus pasos desafían la calle y la mañana.
Yo te miro partir sin que lo sepas,
yo aquí, joven aún,
abriendo la ventana:
¿Un nuevo día?
Tomas el ómnibus,
con ese gesto tuyo pagarás el pasaje.
Así te conocí
y aún así te quiero.
Así también ayer recorrías mi cuerpo:
desde mis piernas a mi boca
de mi boca hasta hundir
tu avidez en la fiebre de mi vientre.

Pero esto fue ayer porque era domingo.

Me recuesto.
Aquí, en la almohada, palpo,
los años con que fuimos
trazando lentos huecos,
lentas arrugas en la frente.

Todo es como debe, ser.

La rutina puede ser una causa,
o una excusa,
pero sé que hay algo más, como si fuera Dios,
que nos aplasta.

II

La escoba, esa siempre
amarilla espada entre mis manos,
comenzará su lucha en la cocina;
después, como la madrugada, irrumpirá en el patio;
con la misma impaciencia
derrotará a las telarañas del frente de mi casa.

Porque hoy es lunes:
como siempre
repitiendo los gestos que dicta la existencia.

Aunque a veces todo tambalea
y se cae,
y me doy cuenta
que la escoba es simplemente un palo viejo
y que, además, no sé si tenga enemigos.
— Mas, lo de la lucha es sólo una metáfora — me digo.
Sí, pero también se caen las metáforas
y en el suelo adquieren, casi, su verdadera dimensión
y quedan quietas,
o girando,
y son, tal vez, definitivamente ajenas.

III

LOS CHICOS

Hijos de mi ansiedad
y de la tuya, hijos de lo que llamamos, con algo de certeza,
esperanza; duermen:
Luis con sus revólveres y Pedro con su nuevo camión.
(Tú estarás ya
en la oficina, anunciándote el día)
Me acerco,
guardo las manos en mi falda
para no despertarlos. Los miro
levemente. Mis malcriados
morenos duermen todavía.

Crecen — ayer nomás estaban en mi vientre —
crecen porque tú y yo lo quisimos,
porque la tierra así también lo quiso.

Alguna vez
cuando el odio o el amor les hiera
— no encuentro otra palabra —
el alma, preguntarán
¿por qué?

Yo no tendré la culpa
ni tú, nos amábamos tanto...
en secreto los necesitábamos;
deseábamos, quizás, detener al tiempo en sus latidos,
en sus miradas — jugábamos a adivinar sus ojos —
Nos hacían falta.
Nos hacen falta.

Pero todo esto no bastará:
como la noche o el viento
el desconcierto les aguarda.
Tú y yo
no podremos abrirles esa puerta.

Sólo tenemos estas manos,
estos ojos
y este único cielo para enfrentarte, vida.

INDICE

SIN OPCIONES DESPUES DE LA CENA

I 9
II 10
III 11
Quisiera 12
Un poeta 13
A un poeta muerto 15
Novedades en casa 16
Aún no 18
Como pájaro 19
Los abuelos 20
Canción para los abuelos 22

Cartas:
I 27
II 29
Un chanta 31
Un traidor piensa 33
Contradicciones 35
A un poeta contestatario 37
Otro tango del viudo 38
De nuevo a la tarde 40
A Diego, mi hijo pequeño 41
Una canción 42
Canción de amor de un oficinista 43
Ciudad sin mi niño 45
¿Para qué 47
Mirando a Buenos Aires desde un espejo 49

ULISES, EL OTRO

Palabras después de la muerte 53
Ulises contempla a Penélope dormida 55
A Ulises desde lejos 57

MIRANDOME EN LAS SOMBRAS

I 61
I (segunda versión) 63
II 65
III (Los chicos) 66

Ricardo de la Vega (Mendoza, Rca. Argentina, 1956) construye su mundo poético a partir de los elementos cotidianos de su existencia. Por otro lado, retrocede en el tiempo y aborda, desde su particular punto de vista, universales temas de la literatura. Su referencia, sin embargo, es siempre el presente. Asimismo, a veces, se sumerge en otros seres y desde ellos –acaso por ellos–, habla.

SIN OPCIONES DESPUES DE LA CENA es, aparentemente, un libro donde la vida es un callejón sin salida en el que no se registra sino el diario dolor de la rutina. No obstante, en el fondo, es una permanente alusión a la esperanza desde sus detalles menos luminosos.

EDICIONES TALLER, del Taller de Poesía Manuel Ortiz Guerrero, con esta obra, termina otra etapa. Sólo el mañana será testigo del destino de las semillas echadas en el surco.

EDICIONES T TALLER